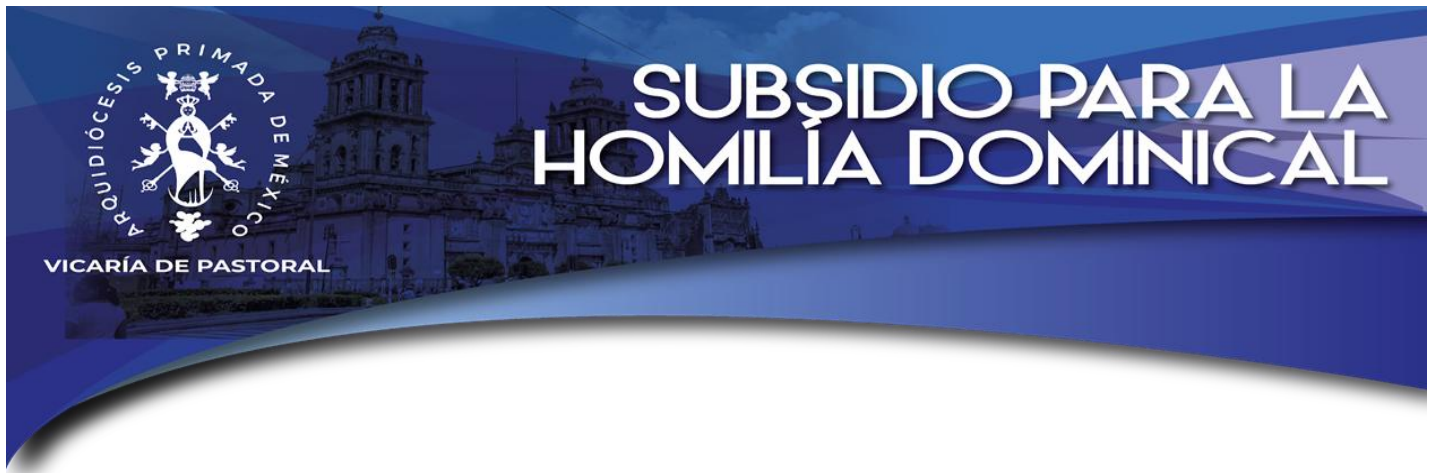


23 de noviembre de 2025
SOLEMNIDAD DE CRISTO, REY DEL UNIVERSO



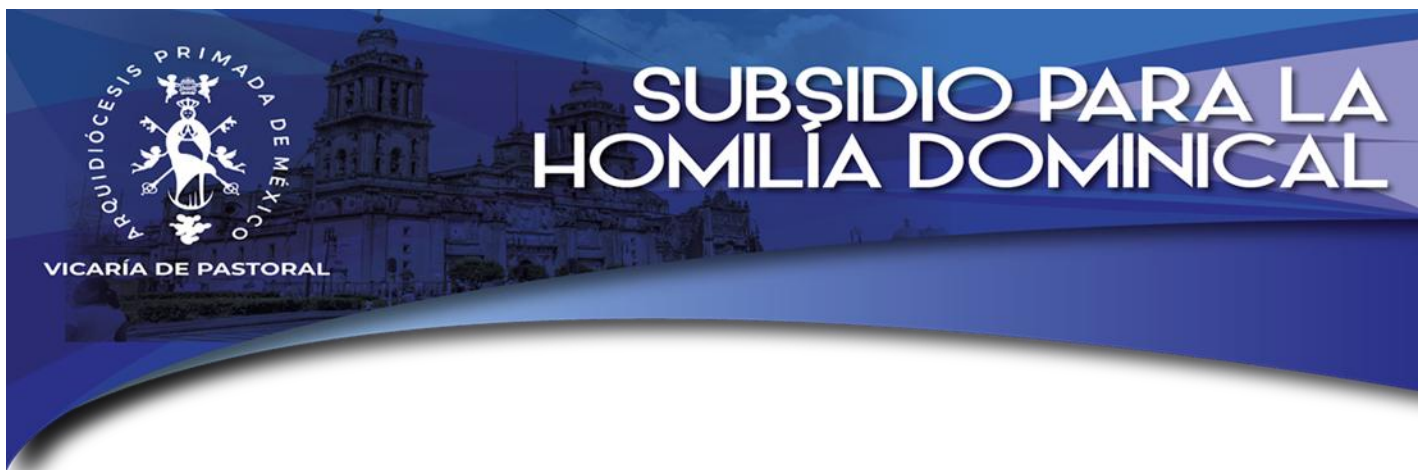
LECTURAS

2 Sm 5,1-3: En aquellos días, todas las tribus de Israel fueron a Hebrón a ver a David y le dijeron: «Somos de tu misma sangre; ya hace tiempo, cuando todavía Saúl era nuestro rey, eras tú quien dirigías las entradas y salidas de Israel. Además el Señor te ha prometido: "Tú serás el pastor de mi pueblo Israel, tú serás el jefe de Israel."» Todos los ancianos de Israel fueron a Hebrón a ver al rey, y el rey David hizo con ellos un pacto en Hebrón, en presencia del Señor, y ellos ungieron a David como rey de Israel.

Sal 121: ¡Qué alegría sentí cuando me dijeron: "Vayamos a la casa del Señor"! Y hoy estamos aquí, Jerusalén, jubilosos delante de tus puertas. A ti, Jerusalén, suben las tribus, las tribus del Señor, según lo que a Israel se le ha ordenado, para alabar el nombre del Señor. Por el amor que tengo a mis hermanos, voy a decir: "La paz sea contigo". Y por la casa del Señor, mi Dios, pediré para ti todos los bienes.

Col 1,12-20: Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades; todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz.

Lc 23,35-43: Cuando Jesús estaba ya crucificado, las autoridades hacían muecas a Jesús, diciendo: «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.» Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo: «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.» Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: «Éste es el rey de los judíos.» Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.» Pero el otro lo increpaba: «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada.» Y decía: «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.» Jesús le respondió: «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.»



LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

SOBRE UN REY Y UNOS SÚBDITOS UN TANTO DIFERENTES

Hoy celebramos la solemnidad de Cristo Rey y con ella termina el año litúrgico. Y la pregunta obligada es acerca del significado regio de Jesús y las repercusiones que esto tiene para aquellos que nos decimos discípulos del Nazareno. Todas las lecturas que hoy se nos proclaman tocan el tema del reino/reinado de Cristo desde diversos ángulos que, en conjunto, nos aportan una visión global de dicha realidad.

2 Sm nos relata la visita multitudinaria que las tribus israelitas realizan a la ciudad de Hebrón para encontrarse con David. El objetivo de la visita es reconocerle como su rey y hacer un pacto con él. Hay que aclarar el significado de la expresión “somos de tu sangre” con la que saludan las tribus al joven betlemita. La sangre significa, en primer lugar, la indefectible relación solidaria de una familia, pero esta relación no es exclusiva de los consanguíneos genéticamente determinados, sino que se abre –siempre en la mentalidad semita- a todos aquellos que se adhieran mediante un pacto de comunión a la tribu, o en este caso, al rey en cuestión.

Reconocerse “de la misma sangre” es determinar radicalmente que los destinos se unen, a partir de ahora y para siempre, que los caminos se funden en uno solo, en un mismo proyecto de vida. Si se le dice a un rey, esto significa que sus disposiciones –sobre todo pastorales- serán acatadas sin discusión. Desde luego que no es servilismo ni obediencia acrítica, es reconocimiento del carisma con que Dios ha dotado al rey, puesto que en aquella mentalidad, el rey es ungido de Dios, prefigura mesiánica. Ese carisma permite al soberano discernir en los signos de los tiempos cuál es la voluntad de Dios con respecto al pueblo y saber elegir el camino correcto que lleve a profundizar la relación de comunión pueblo/Dios.

De entre todos los monarcas israelitas David se destacó por su sabiduría y atinada conducción política y con el tiempo –siempre los muertos acaban convirtiéndose en seres

legendarios y míticos- llegó a ser el símbolo del monarca justo y obediente a Dios. Cuando le sucedieron otros monarcas que dejaron mucho que desear –salvo sus honrosas excepciones, como el santo rey Josías que llevo a cabo la renovación religiosa de Israel, aproximadamente en el 622 a.C-, David se constituyó en el prototipo mesiánico esperado para los tiempos finales. Por ello, algunos escritores cristianos no tuvieron problema en identificar a Jesús con este personaje y lo presentaron como el nuevo David pero dándole un matiz teológico original: Sí, Jesús es Rey/Mesías, pero es rey y mesías distinto, que lleva a plenitud inimaginable lo que en David se prefigura apenas. Sobre todo, el N.T elimina todo el tinte político de emancipación por medio de la violencia militar al título davídico dado a Jesús.

El **Salmo 121** nos aporta una intuición teológica fundamental que muchos siglos después será retomada fuertemente por la tradición teológica vinculada al evangelista Juan: “La casa de Dios”. La casa es un referente relacional Dios/pueblo con profunda significación emotiva. Dios quiere formar una “casa”, una familia en donde él es el Padre y el pueblo es su hijo. Jerusalén –símbolo del pueblo- es declarado “casa de Dios”. En el fondo, la “teología de la casa” es profundamente revolucionaria y contestataria para una estructura religiosa cultica en la que el templo es el Lugar de la Presencia. Ahora se espera una dinámica existencial, de contacto y relación personal y comunitaria. Es en la fatigosa relación con los otros donde se genera el espacio para la alabanza al Señor, allí se encuentra la plenitud creacional – la paz o Shalom-. La “teología de la casa” es el antídoto perfecto para evitar la espiritualidad de “*fuga mundi*” que desvincula la fe del encuentro con los demás.

Según **Colosenses** la acción prodigiosa de Dios saca al hombre de la ignorancia/tiniebla para introducirlo en el Reino de Cristo que es conocimiento de la verdad/luz. Lo característico de este Reino es que ha sido forjado con la sangre del Hijo amado de Dios. Y aquí se hace necesario aclarar que cuando Pablo habla de “la sangre de Cristo” no piensa en una especie de elemento mágico, sino en la vida entregada de Cristo por amor a los hombres, entrega que, en efecto, se hace visible y adquiere su mayor densidad en la cruz del Gólgota, pero que ya actuaba eficazmente en el abrazo al leproso o en el banquete con las prostitutas y publicanos, en el gesto profético de denunciar la corrupción religiosa del templo o en el lavatorio de los pies.

Aquellas palabras del libro de Samuel “somos de tu misma sangre” adquieren ahora una nueva dimensión si son interpretadas desde Cristo. La sangre de Cristo, al mismo tiempo que nos empodera y nos permite entrar en su reino mesiánico, asume plenamente nuestra condición humana, a tal grado que nuestra sangre ya es “su sangre” y su sangre ya es “nuestra sangre”. Pero esto, al mismo tiempo que nos maravilla, nos impele, nos mueve a ser en el mundo verdaderamente “su sangre”, savia vivificante y transformadora para el mundo, sangre/vida entregada en el desgaste cotidiano del amor fracasado, en el servicio más ínfimo, aquel que nadie nota ni mucho menos agradece. Esto me recuerda – y perdonen Ustedes mi digresión- una anécdota sucedida hace poco con ocasión de una Misa en la cual nos unimos al sacrificio de Cristo para suplicar al Padre por la salvación de mi padre, hace ya varios años fallecido.

Una persona hace el siguiente comentario a mi hermana: "¿y tu marido? ¿Por qué no vino? ¿Pues no que quería mucho a su suegro?". Recuerdo a mi cuñado –nada religiosamente ortodoxo por cierto- al lado de la cama de hospital en la que yacía mi padre, extrayendo con paciencia e infinito amor las excreciones que le ahogaban...comentario estúpido de alguien...vida entregada, servicio oblativo... "somos de tu misma sangre"

Lucas nos presenta en un cuadro dramático las dos posibles reacciones humanas ante el Rey que proclamamos los cristianos. Por un lado están – y muchas veces, hay que aceptarlo, "estamos"- los que se burlan porque no conciben que un perdedor crucificado pueda ser el Soberano que rija los destinos de los hombres. Y me parece que muchos estamos en esa posición, miramos a Jesús desde el suelo, lo vemos colgado del madero y con nuestras acciones le gritamos blasfemamente: ¡si eres el Mesías, baja de una buena vez de esa cruz y acude presto a darme lo que necesito! Y solamente sabemos darle vinagre (amor corrompido, odio) cuando su sed solo puede ser calmada con el amor que responde al Amor. Nosotros solamente sabemos dudar: ¿serás tú el elegido? ¿Aquél que puede salvarnos de nuestras miserias, de nuestros miedos, de nuestra cobardía? Y por nuestra propia tranquilidad anhelamos que se salve a sí mismo, es decir, que se baje de esa cruz y nos muestre el auténtico camino de la dicha, ese camino que no pasa por la aldea del sacrificio o por el pueblo del servicio, sino que lleva derechamente a la ciudad feliz del egoísmo.

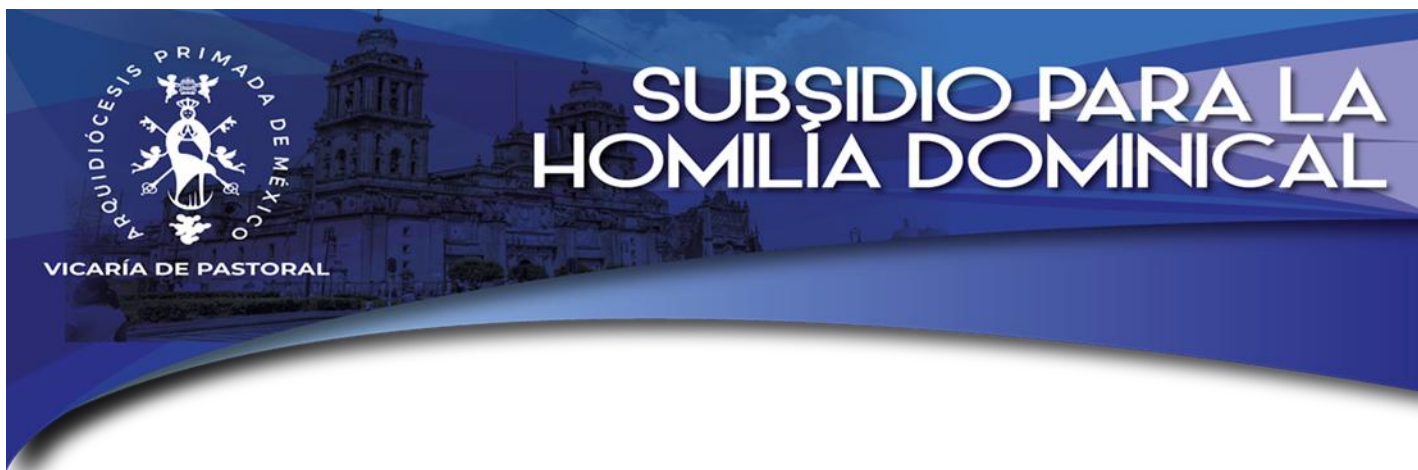
Pero cabe también la rarísima posibilidad de que los hombres respondamos diciendo ante la contemplación del rey crucificado: ¡acuérdate de mí cuando entres en tu reino!, es la respuesta del que se reconoce culpable ante el inconmensurable amor del que cuelga de la cruz para salvarnos y se acoge a la misericordia infinita del que lo ha entregado todo para después recogerlo todo y entregarlo en las manos de su Padre. Eso somos, ladrones colgados por nuestros delitos, pero siempre crucificados al lado de Jesús que ocupa el lugar que no le corresponde, pero que ocupa por causa nuestra. Y esto podemos ser; ladronzuelos que imploran por ser recibidos en el reino del Hijo, seguros de que aquel que se ha entregado para redimirnos de nuestras culpas no podrá responder otra cosa que *«Amén, amén, de cierto te digo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso»*.

No cabe duda, tenemos un Rey un tanto diferente, y estamos llamados a ser unos súbditos, también, un tanto diferentes, pero... ¿no es eso acaso lo que espera el mundo de nosotros?



SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- “Somos de tu misma sangre” le dicen los israelitas a David cuando va a tomar el poder como rey. Con esto le están diciendo que le reconocen y aceptan como aquel que regirá legítimamente sus vidas. Para el cristiano, Jesús es el único Rey.
 - ✓ ¿Qué significaría, concretamente, en tu contexto de vida decirle a Jesús “somos de tu misma sangre”?
- Hemos recibido la redención, la salvación, la vida plena y definitiva por la sangre entregada del Hijo de Dios. Su vida divina entregada por amor nos hace también hijos y herederos del Reino.
 - ✓ ¿Qué aspectos de tu persona deben cambiar para recibir dignamente el don de la vida entregada de Cristo?
- Jesús, está en la cruz, con terribles sufrimientos causados por sus enemigos, por aquellos que no aceptan su mensaje porque pone en evidencia su modo de vivir, contrario a la voluntad amorosa y liberadora de Dios. Y no obstante, su corazón amante se manifiesta pletórico de perdón ante el arrepentimiento del que sufre el tormento a su lado.
 - ✓ ¿Qué actitud tomas tú ante el sufrimiento?
 - ✓ ¿Te lamentas y maldices o buscas la misericordia de Jesús?
 - ✓ ¿En medio del sufrimiento eres capaz de voltear la mirada hacia los que sufren y darles un mensaje de esperanza y fe?
 - ✓ Te proponemos que dediques un momento de oración durante la semana para, simplemente, contemplar a Jesús en la cruz. Míralo con amor, en silencio y adoración y pon ante él todas tus tribulaciones y sufrimientos.

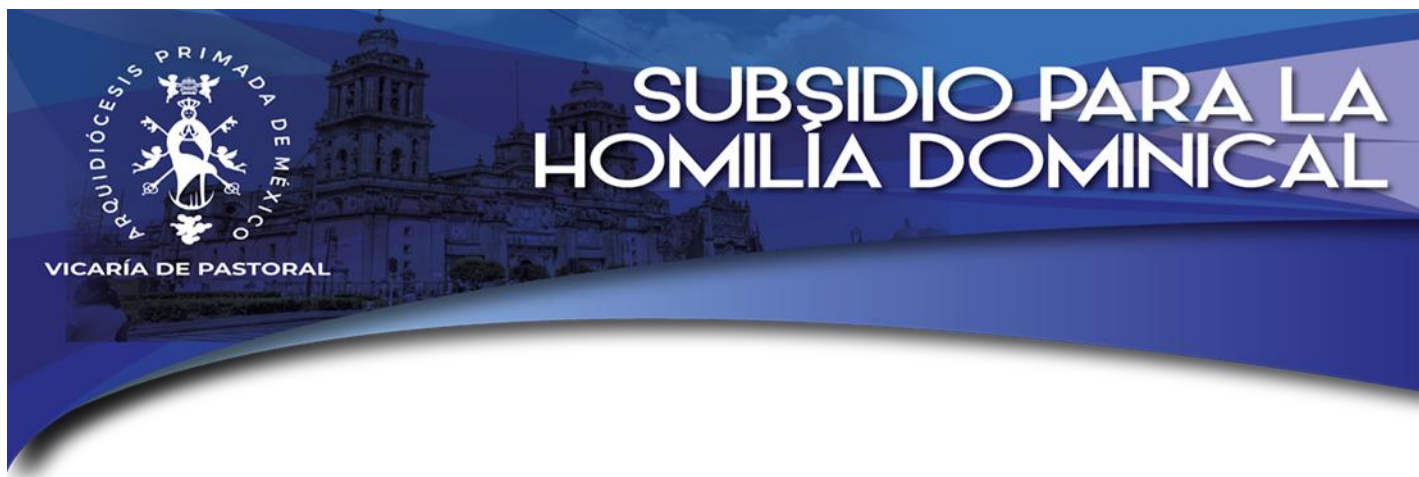


CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA



Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto: “Viva Cristo rey” (Jésed).

<https://www.youtube.com/watch?v= QXfJOmFSEY>



LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA



Homilía Papa Francisco

Cierre Año de La fe 2013 Cristo Rey

<https://youtu.be/3RhyV7qT0YM>



ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL INFANTIL

Jesús, un rey diferente: el rey de amor.

Hoy es un día muy especial en nuestra Iglesia, concluimos el ciclo litúrgico y lo hacemos celebrando la fiesta más grande de Jesús: la solemnidad de Cristo rey del universo. Cuando pensamos en un rey o una reina ¿Qué se nos viene a la mente? Seguramente se nos vienen a la mente cosas como: coronas, castillos, tronos, poder, sirvientes, etc., pensamos en personas con mucho poder que viven en palacios y mucha gente a su servicio. Pero el evangelio de hoy nos muestra a un rey muy diferente. Imaginen la escena que acabamos de escuchar: Jesús está en la cruz, no tiene corona de oro, sino de espinas; no está en un trono muy cómodo, sino colgado en la cruz; no tiene sirvientes que le traigan comida, sino que la gente se burla de él, incluso otros dos hombres que habían hecho cosas malas están crucificados a su lado.

¿Les parece que Jesús en la cruz es un rey poderoso? De ninguna manera, pero es precisamente ahí, en la cruz, donde Jesús muestra cómo es su reino. Mientras la gente se reía de él, uno de los ladrones le decía: "si eres el rey, sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro ladrón, que se llamaba Dimas se da cuenta de algo increíble: "acuérdate de mí cuando llegues a tu reino", a lo que Jesús le responde: "hoy mismo estarás conmigo en el paraíso". ¿Ven? El reino de Jesús no es de este mundo, su reino no se trata de mandar sobre otros, ni de tener riquezas o castillos, el reino de Jesús es un reino de amor, de servicio, de verdad y de bondad.

En esta semana aplica el Evangelio a tu vida:

- Elabora una corona de papel, decórala y escríbele frases como: servicio, humildad, amor, verdad, etc.
- Asiste con tu corona a la Santa Misa para manifestar a los demás que queremos reinar junto con Jesús.



**ECOS DE LA PALABRA
DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL**

Que Él reine

En este último domingo del año litúrgico, celebramos junto con toda la Iglesia la gran solemnidad de Jesucristo Rey del universo, como una expresión solemne de nuestro deseo de entregarle toda nuestra realidad: nuestra vida, nuestro año, nuestras aspiraciones y nuestras acciones. De alguna manera, queremos expresar nuestro anhelo de que él sea el verdadero rey de toda nuestra existencia y del mundo entero.

Es significativo que en este año el evangelio que se proclama es el momento de la crucifixión en el que Jesús recibe burlas y desprecios de todos los que están ahí. Nos muestra perfectamente el tipo de reinado que Jesús quiere vivir: no el que proviene del dominio y el sometimiento, sino el que proviene de la entrega absoluta del amor. Te proponemos aquí algunas ideas para ayudarte a dejar a Jesús reinar en tu vida:

1. En tu familia: Jesús nos muestra que él es rey dando la vida, también puede reinar en tu familia en la medida en que todos puedan ir asumiendo esta lógica, pero no está en tus manos que los demás miembros de tu familia lo asuman, sino que lo asumas tú. Adelántate a servir, vive en la lógica de la entrega y la donación, rompe tus caparazones egoístas.
2. En tus relaciones y tu afectividad: Jesús reina muriendo por amor. EL mundo y la sociedad en la que vivimos está marcado por relaciones egoístas, solo preocupados por el placer individual sin abrirse a una auténtica relación humana. Todos nosotros hemos de luchar contra este egoísmo de buscar solo mi beneficio y mi placer. Jesús quiere reinar en tus relaciones y tu afectividad ayudándote a buscar primero el bien del otro que el tuyo propio.

3. En tus proyectos personales y tus sueños. Jesús nos muestra por medio de su cruz, que la vida más lograda, más plena, no es necesariamente la más exitosa a los ojos del mundo, sino la que tiene más amor. Si quieres que reine en tu vida, procura que tus proyectos estén orientados no a producir o ganar más, no a tener más dinero o más éxito, sino a amar más.